

E. Rodríguez Mendoza

Objeciones a la apología de extensión

I. EL ENSAYO EN LITERATURA. «PORTALES»

Melfi—autor de «*Pacífico-Atlántico*»—, se siente tenazmente atraído por la síntesis total (ensayo en literatura y *maquette* en lo plástico) y la trata en todos los planos y todas las luces de la parte artística. Y aquí anoto una impresión al pasar de un acápite a otro: el ensayo es frecuente en los viejos países en que la abundancia oceánica de su historia predispone a las condensaciones, y es extremadamente raro, donde habiendo sólo un pasado local, es costumbre asidua amplificar el hecho sin plasticidad ni hondura y, por consiguiente, desprovisto de todo poder sugeridor.

El ensayo—decía—, es algo esquemático; pero total como conjunto armonioso de líneas e indicaciones generales.

No es una contribución a la historia ni a la sociología. Es arte y crítica. Surge de una materia definitivamente estudiada o documentada y si en el ensayo falta algún rasgo esencial, habrá huecos y vacíos que deforman la visión, dejándola en trozos inarticulados.

El autor de «*Pacífico-Atlántico*»—, el título de «Paraná-Guazú» era más de ambiente y esquivaba mejor la denominación ferroviaria—, hace algún tiempo tomó a Portales y exploró acertadamente alrededor de él. ¿Hay realmente un hombre-época bajo esa capa pelucona?

Sin duda. El comerciante, prematuramente baqueteado por la vida, se había hecho catador de hombres y desde luego sabía mandar, porque conocía bien el material humano que tenía entre sus manos de encomendero.

Venía de la Colonia como régimen y de España como sangre y se metía arrogantemente en medio del redoble aturdidor de la anarquía inicial.

Melfi lo enfocó sin hiperbolizarlo. El pelucón máximo, en efecto, no necesita empinarse porque lo que hace verticalmente grandes los monumentos no es la gradería ni las superposiciones, sino la figura misma.

De la historia y sus actores centrales, al ser cogidos por la hondura del tiempo, a veces no queda, prevaleciendo sobre los años, más que una obra o un acierto. Y basta. Es el caso del inspirador de la Carta política en que se cimentó la organización, basada en el pequeño grupo racial—los dueños y cultivadores del suelo— superpuesto a la masa agrupada en forma de montón vegetal.

Portales contó y filió certeramente los recursos, el número, los intereses primordiales de ese grupo: no había más con qué contar, salvo la multitud, soltada por la encomienda para ser pesadamente cogida por el inquilinaje.

Tras de diez años de desorbitación y edificaciones ideológicas esrafalarias, como el federalismo de Infante, don Diego cogió la jáquima usada por los domadores y se puso al frente de una necesidad fundamental: el orden, que, al consolidarse, alcanzó los resultados sorprendentes patentizados en el largo período orgánico que terminaría con la deplorable revolución parlamentarista de 1891.

Melfi; insisto, enfocó bien al pelucón que le torció el pescuezo a la anarquía y su «Portales» resultó un verdadero ensayo, vale decir una síntesis antológica en que está bosquejado lo más esencial del vidente destacada sobre el claroscuro post-colonial.

II. DE UNA BANDA A OTRA DEL CONTINENTE

El ensayista salió no hace mucho de la ciudad hacia cuya plaza capitolina avanzan a espolonazos las últimas estribaciones de los Andes, demostrando objetivamente que se trata de un país encajado a barquinazos «entre el mar y la montaña».

En efecto, basta subir a los cerros de Santiago del Nuevo Extremo para descubrir la impresionante peculiaridad geográfica de la región y del país: montes, valles de paisaje; ríos sin la amplitud mayestática de la anchura, y, longitudinalmente, el Pacífico que llena la parte del planeta que va reentrando en la vida... Al Atlántico le van quedando pocas reservas y la geografía política y económica ha dado en denominar mar del futuro al océano que va de la América, que nace, al Asia que despierta acosada por el dragón japonés.

El ensayista de «Portales» iba de paseo al último torneo oratorio panamericano, el cual terminó, como los precedentes, con una copiosa serie de votos y conclusiones *platónicas*, es decir de banquete, mientras en el abdomen del Continente se seguía peleando casi por cuenta ajena, porque esto del Chaco o del chasco, es una cuestión de materias primas que, en definitiva, serán explotadas por gente más adinerada que los beligerantes.

El corresponsal artista llevaba en los nervios ópticos el paisaje de esta vertiente: valles pequeños como extensión y, en cuanto a colores, los de «don Juan Pancho», el de las manchas e impresiones que son lo mejor, sino lo único de la escuela pictórica autóctona.

Para traspasar la montaña e ir de una a otra banda, el tren, el avión o la acémila colonial ascienden en demanda de la altura y las nieves—, estimulantes cardíacos de la visión y la metáfora... Ya muy arriba y cuando el corazón brinca a más y mejor, se lanza la mirada en trayectoria de profundidad. Y ojalá siempre se mirara bien abajo cuando se está bien arriba.

El camino va fileteando los breñales y, aconchadas en el fondo, se estampan las últimas ramazones de los huertos plantados en los faldeos. Verdea hecho un «chamanto» el alfalfal y se encienden con los ultra violetas del medio día los pequeños trigales sembrados en el hueco de unas manos de huaso... He ahí la última impresión cromática de la vertiente que despeña sus aguas amotinadas hacia el Pacífico.

El río se encabrita entre cumbres y farellones y el viento vocea (otros aseguran que ensaya las primeras vidalitas de la otra banda) cosas monótonas; pero que, por lo menos, no son oratoria política, organillo ni radio.

Se traspone sin notarlo la cumbre; empieza el descenso; se pasa por la ciudad viñatera que es un retazo de tierra tirado de un lado a otro de los Andes y el tren que va al Atlántico, bufa como un gaucho insolado al empezar a correr la pampa por la punta mendocina.

Estamos ya en la línea ilímite y desde luego se constata que no es monótona, como creen algunos. Ni podría serlo, porque la luz va acendrándose desde las vaguedades opalinas del amanecer hasta la congestión punzó de la tarde.

El hombre oprimido por el paisaje escorzado sobre el mar, al verse circundado por el infinito, evoca apenado los pequeños valles y suelta en la línea lisa y sin confines todas las fantasías del evadido del cuadro apretado y montañoso.

No es extraño el sortilegio ejercido por esa extensión enorme con algo de desierto y de pradera. Aun más: tiene la costumbre, como los gigantes del cuento oriental, de tragarse al forastero desprevenido... *Empamparse*—decía el neologismo gaucho, aludiendo gráficamente al espejismo que toma al que viene de la serranía y se mete de sopetón en el sector en que el Continente se abre como un abanico gigantesco.

El ensayista vió como colorista el factor extensión; le pareció el fundamental como opulencia presente y evolución futura y el que en la tierra de origen, como en la de adopción, sólo cono-

ció los pequeños valles prendidos entre montes y cerrillajes, falló una y otra vez por lo dilatado; pero evocando, eso sí, con simpatía el suelo en que hasta los hombres le parecen cerros... O terrones; pero conste que no siempre ha sido así y que más de una vez esa tierra dió otra clase de productos telúricos.

El autor pinta la extensión sin siquiera insinuar los problemas que ésta plantea a medida que se hace más lejano y costoso el acceso al mar. Los países tienen los inconvenientes de sus ventajas y viceversa. Este en que estamos, por ejemplo, carece de profundidad, de anchura; pero, en cambio, no tiene más que voltear su producción sobre el territorio inclinado sobre el mar. Sin embargo, el autor adjudica exclusivamente a la extensión todo su optimismo y se queda en estado de hipnosis ante ella.

III. LA PAMPA ACTUAL

El estilo, sin temores de ninguna especie a la temeridad creacionista, es cálido como color y se regocija voluptuosamente con el tema amplísimo de la pampa, que primero fué la desolación de la Colonia; luego la guerra bárbara cuando desfilaban ante los caudillos primigenios las picas empavesadas con cabezas federales. Después rasguea el guitarrón de Martín Fierro, correteado por los milicos de la partida rural!

Posteriormente, Don Segundo se pierde «para nunca» en la lejanía, suplantado por los elementos inmigratorios, abrogadores de lo pintoresco y lo vernáculo.

Antes de mucho, ya no son los mismos los aperos, las costumbres ni los condumios. Se hacen humo de tapera los rastreadores. La montonera desaparece también y en vez de hacer manees con el pellejo del adversario que se dejó volar, se pleitea en el distrito o si no en los «trebunales»...

Entonces, todo era cardonal en saliendo de Buenos Aires; más adentro había yerbajos y ñandues y, al acercarse a la cordillera, arbustos enanos y una que otra parra de uva negra, como los ojos de «la china».

El gaucho se ha hecho compadrito o «cajetilla»; la guitarra ha pasado al disco de boliche, y, en vez de la carne con cuero, hacen hebra los macarrones.

La pampa, en una palabra, aloja otros tipos y otras costumbres—faz literaria que está por hacerse, ya que la anterior se clausuró insuperablemente con el libro de Güiraldes. Don libro, como suele decir Díaz Arrieta.

IV. SOCIOLOGÍA Y PINTURA

No es la teoría—vagamente formulada— lo mejor de «Pacífico-Atlántico». Es el fraseo ostentoso interpretando a brochazos la extensión y sin tener muy en cuenta lo que dicen la historia y la geografía.

La frase, tan colorida y repentista que logra ocultar el profesionalismo, es no sólo la tendencia constante del autor, sino el autor mismo.

Afortunadamente no se trata sólo del arte por el arte, sino del que lleva algo en el vientre, como quería Flaubert.

El estilo, vivo e imaginero, patentiza el placer del artista complacido ante el cuadro que se cruza por primera vez en su camino al pasar de un flanco a otro del Continente. Cierra un ojo como el que va a pintar o a apuntar y luego da con los pinceles, cargados de color, en que hay mucho del pasado impresionismo, más la libertad incoercible del creacionismo de hoy: el sol, por ejemplo, le parece «un disco de papel cuyo aro se sumerge en la línea de sombra trazada por la llanura»...

¿Y por qué no una hoz clavada en el horizonte al pardear el día?

Siente la embriaguez de la frase visionaria y luminista en que la idea aparece orientalmente ataviada:

«Ardían los cerros que a contra luz parecían espesas manchas violetas».

¡Curiosa mezcla de color y de intención sociológica!, lo que es el *trait maîtresse* de todo el libro:

«Tenemos que defendernos del pasado que a cada paso tira de nuestra voluntad y de nuestros pies».

.....
 «El fundador edificó la ciudad de cara al estuario. Le dió como sostén el océano y la puso frente a la sugestión voraz del Atlántico, sembrado de rutas y de esperanzas».

He ahí la urbe taconeada de barcos acarreadores de gente foránea— el ganado humano que luego se sumerge en el ventripotente abdomen territorial.

De tiempo en tiempo el autor, asombrado, interrumpe su trayectoria emotiva; mira hacia esta vertiente y recuerda con pesadumbre y simpatía la tierra montañosa:

«Ruedan hasta muy lejos los lomajes y las hondonadas. Entre ellos se abren los valles estrechos y fértiles, como nidos de verdor oprimidos por el abrazo de la montaña».

Todo el libro es una contraposición obsesionante entre la extensión promisoriosa y la tierra en que chillan los ríos con alarido de puma y en que apenas encuentran espacio de favor los valles plegados entre el monterío.

«Los hombres—dice— fueron autoritarios porque sentían sobre el espíritu la presión del cerro y la sugestión obscura del valle encajonado. Si levantaban la vista tropezaban con la cadena gris en cuyas faldas y cumbres yerguen sus brazos famélicos los quiscales polvorientos y espinudos. Así fué Montt. Así fué Varas. Así fueron los dominadores».

Tácitamente, como se ve, el autor falla a favor de lo desmesurado.

Disiento por completo de esa teoría; pero insisto en que pocas veces se ha podido disfrutar de un despliegue más copioso de frases, lanzadas sin esfuerzo y como una función normal del espíritu. No es artista el que no puede hacerlas, arrancándolas vivas de la sensación. Pero si la frase es siempre cargada de sentido y de color, en cambio la tesis que sustenta es arriesgada y fácilmente controvertible:

«El hombre del cerro está sometido de antemano. Puede dar vuelta entre los breñales y encontrará siempre la muralla abrupta cortándole el paso»...

Desde luego, más del treinta por ciento de la población de este país vive en las costas y se puede decir que al resto le basta encaramarse en «la muralla abrupta» para sentir la tentación de la aventura.

No hay, pues, tal muro carcelario y sin ventanas al exterior. Ni es justo cargar a la cuenta de los «breñales» la incompreensión de los gobernantes que no han entendido los imperativos de crecimiento planteados por la forma geográfica del suelo.

No es esto «el valle más hondo de la tierra» ni se trabaja en el fondo de un pozo, sino en campos relativamente pequeños; pero poseedores de una belleza y una fecundidad estupendas como todas las tierras volcánicas. Es un paisaje vacío de pasado; pero que, por lo menos en el valle central, tiene algo de la Toscana o de Asturias.

Y en cuanto a ese capitán sin pasaporte—Mr. Head—, que al descender hacia el Pacífico creía rodar cerro abajo, es probable que estuviera bebido y que a causa de su alcohol de cebada, olvidara, al reparar lo ajeno, la estrechez montuosa de las islas albiónicas en las cuales no hay un solo punto que diste más de cien kilómetros del mar.

Aquí no es la tierra sino el hombre político el inferior. Está extraviado. El país se hizo fiscalmente nuevo rico y todos quisieron serlo de repente y atropellando las unidades de tiempo que impone la ascensión social. Dejaron de gobernar los mejores y la verdad es que hace años a que se viene oscilando entre la fuerza y la anarquía.

No es la tierra, seguramente, la responsable de todo eso. Al contrario. Es óptima y dió los primeros organizadores en un conjunto tragi-cómico de países aislados, sin raza ni cultura; sin recursos ni experiencia.

Junto con la opulencia fiscal, empezaron los años en que el

dirigente se ha mostrado notoriamente inferior a los problemas políticos, económicos y sociales de un pueblo nuevo y peculiar. Tan inferior, que hay derecho a pensar que aun no entendemos lo que significa como incógnitas futuras un litoral que tiene a la espalda un *hinterland* que, por razones de costo y distancia, se sentirá cada vez más vinculado al Pacífico y no al Atlántico.

Nada de eso es culpa de las montañas que acordonan este territorio ni de los ríos que se disparan en demanda del mar ni de los espinos que prenden sus valles, sino de los hombres distanciados del porvenir.

V. LA PAMPA, LO FOLKLÓRICA Y LO BÁRBARO

La pampa no produjo nada, a no ser lo bárbaro o lo folklórico: las mechas de Facundo; las «pallas» y los contrapuntos y, finalmente, la *sombra* huidiza del postrer gaucho auténtico.

Rivadavia, Mitre, Sarmiento, Alberdi, Avellaneda, Pellegrini, Saenz Peña, no salieron de entre las ramas del ombú. Los formó y los orientó el ambiente aireado por los vientos atlánticos y se empeñaron en suplantar al aborigen con el gringo acaparador del centavito y con el «gallego» que arribó con una «perra chica» y terminó con la «millonada».

Esos elementos no traían cultura porque generalmente era analfabetos; pero traían voluntad, tradición, ahorro heroico y ya puede suponerse la cara que ponían al que los invitaba a quedarse con el acordeón entre las manos, al olor del «churrasco» y los «copetines»... No habían venido a eso sino a pelear la batalla del esfuerzo sin fin.

El gaucho fué el candombe y la mazorca y si de él hubiera dependido, habría «aclarado» facón en mano a todos los «doctores» que preconizaban el acarreo a «barcadas» de los «tanos»—como llamaban al italiano—, y de los «gallegos»—remoquete del peninsular insuperable que ha llenado de espigas y vacadas la extensión continental en que ha sido necesario suplantar lo autóctono con lo foráneo.

Mientras el gaucho capeaba a espuelazos la partida policial, lo chileno, que algunos creen cogido de la nuca por el cerrillaje y las piedras cuchilleras del desfiladero, se hacía campesino, changador, soldadillo o aventurero, como aquel «huaso Rodríguez» que después de «desgraciarse» en Alhué, llega a ser algo como gran canciller del fraile Aldao, gobernador de Mendoza y San Rafael para servir a Dios y a Don Juan Manuel.

La gleba chilena venía de la mita y la encomienda, como toda la América española; pero se hace fácilmente navegante, bracero o playero y se asimila a todo, desde la mansedumbre del inquilinaje hasta las aperreaduras de la aventura. Es como la greda de los ríos que se arquean sobre el territorio y con la cual pueden hacerse ollas o bocetos. Orada las rocas buscando oro o lo que salga. Es el hombre curtido de los nitratos. Trabaja como una acémila y está tan vivo en él el atavismo aborigen, que le encanta salir a guerrear por cuenta ajena... Ha ido a los gomales en ignición tropical; a las alturas desoladas de la puna y del estaño; a los puertos en que esconde el contrabando bajo la pelleja; al Altiplano, al Neuquén, a las brumas que embozan los confines del país y del planeta. Es un material para lo bueno y para lo malo, inclusive para la civilización; pero se descuidó el cumplimiento integral de los deberes sociales y culturales que había que cumplir con él y hoy es el subproducto que vaga harapiento y desnutrido.

No es la tierra, pues la mala sino los que olvidaron que lo primordial para un país es el hombre sano, fuerte, medianamente devastado y demográficamente numeroso.

Durante los cuarenta o cincuenta años de la ensayología, la llanura anonadante en que maulla el pampero, produce sólo seres bizarramente pintorescos: pero instintivos. Y ya se sabe que la historia no comienza mientras no entra en escena el hombre espiritual. (Spengler).

En cambio, en «el valle más profundo del planeta» (no lo creo) terminaba antes que en parte alguna de América la doma

de lo aborigen, amansado por la fuerte autoridad que rigió la totalidad de la vida; que impuso vigorosamente sus normas y que terminó cuando el país enriquecido abrogó el autoritarismo austero que culminó con los sacrificios de 1879.

VI. UN POCO DE GEOGRAFÍA Y DE HISTORIA

Establezcamos un hecho esencial antes de seguir pesquizando la teoría planteada entre un bosque de frases fulgurantes: de norte a sur, los valles en que se forma esta nacionalidad, tienen dos límites: la grande y la pequeña montaña.

La primera, cierra el horizonte, incitando a la perforación o el repecho; la segunda es sólo un balcón con vista al océano.

En medio de una y otra altura, de la gigantesca y de la que se empina junto al mar, están los valles a que se sintió rodar el *mister* aquel que descendía hacia esta vertiente en mala mula y como con vino...

Esos valles no se extienden de océano a océano, como quien va de Filadelfia a San Francisco. Absolutamente. Son angostos y largos, suscitando así las metáforas belicosas: espada, proa, etc. Están acuñados entre los montes para que no se descuzjen sobre el mar y hay que trabajarlos asiduamente para que produzcan. Carecen de las espontaneidades productivas del trópico y no impone un gran trabajo especulativo descubrir por qué se incubó en ellos la Carta política que desde 1833 hasta 1891 sirvió de eje a una organización armoniosa y general.

Esa Constitución es superior a todas las de América—escribía Alberdi, fijando en ella sus claros ojos de pensador.

Pues bien, cuando el país equipado así partía hacia el porvenir, en la pampa punteaba la guitarra y se agitaban el pañuelo y la cintita que han quedado oscilando en los tangos orilleros de hoy.

Pero salgamos del Continente débil e inmaduro—las razas de América y del mar del sur han huído a la nada, decía Hegel—,

y no tardaremos en notar que las mayores condensaciones de civilización no han plasmado en la extensión sino cerca del mar: Atenas, Esparta, Roma, Florencia.

Los hebreos se creían modestamente los elegidos de Dios; Moisés, su providente legislador, sube a un San Cristóbal cualquiera en demanda del Decálogo y estatuye una democracia teocrática.

El Egipto es sólo un valle. Presidido por la Esfinge teogónica, el Nilo cursa entre arenas y rocas calcinadas. Al llegar el solsticio de verano, el río faraónico recoge en el negativo de sus aguas la imagen anonadante del ídolo con cabeza de mujer y cuerpo de león y las tierras fecundadas no tardan en reverdecer.

Grecia está formada por una flota de islas arrojadas sobre tres mares para que absorbieran mejor las ideas que venían de oriente hacia occidente: Esporadas. Cicladas, Jónicas, antenas del mundo antiguo.

Están entre los grados treinta y seis y cuarenta de latitud y son sólo alturas con un plinto de valles en que el arado de los labriegos suele tropezar con los frisos desprendidos a pedazos del Partenón. «Bendito sea el campesino griego cuya azada descubrió a la diosa enterrada desde hace dos mil años en un campo de trigo». (Saint-Víctor).

En esas islas se cruzaban los caminos del futuro y, en efecto, por ahí pasó la evolución universal camino de Roma, donde era necesario labrar los guijarros, porque los valles itálicos son sólo una concesión graciosa hecha por el monterio. Sin embargo, en Italia no se ven más que alturas: los Alpes, corona mural del suelo nobilísimo; los Apeninos, espina dorsal del territorio que es una enorme acumulación de pasado.

Palestina, a su vez, no necesitó sino de un monte para el sermón de la montaña; un lago de Tiberíades para el milagro pródigo y otro monte para la Cruz.

Siglos después, el Renacimiento floreció entre los pinos y

las rosas de un valle pintado por los *quattrocentistas* al pie de los Apeninos.

Sigamos a España.

Observado verticalmente, su territorio da la idea de una gran extensión que al contraerse, como cuero de toro puesto al sol castellano, dejó un suelo arrugado y montuoso donde lo que no es tierra es torre: al norte, Pirineos cantábricos y Pirineos aragoneses; luego la sierra de Gredos y la del Guadarrama; al centro los montes de Toledo y, al sur, de nuevo las sierras con azules y blancos mozárabes.

España es una especie de escalinata que asciende de una grada a otra para arribar al santuario de Guadalupe y junto con el descubrimiento del Nuevo Mundo, empezó a rodar sierra abajo el aluvión vital de los conquistadores y los circunnavegantes del planeta.

VII. GUILLERMO TELL

Prendido entre los intereses, las interferencias y las alambradas europeas, hay un nudo de montañas en medio de las cuales Guillermo Tell apunta impávidamente su flecha perforadora.

Suiza tiene cuarenta mil kilómetros (una comuna rural de estos latifundios) y todo es ahí nieve y valles de vitrina o de altar de Navidad.

La saeta del héroe hace su impacto en los montes, porque se carece de amplitud horizontal. En efecto, en la Confederación helvética todo es montaña, senderos—los de Federico Amiel—, y lagos—los del paradójico Juan Jacobo.

Por ahí han pasado todas las ideas y todos los sucesos y ante las aguas de nieve represadas en los altos lagos, nacieron las utopías sociales más audaces.

Suiza es una especie de *carrefour* del Viejo Mundo, y, además, tiene el Rin, el río de las sinfonías wagnerianas. Cucla a

través de un lago las aguas tumultuosas que capta en los Alpes arriba a Alsacia, llena de viñas y de cigüeñas; continua en son de *lied* en demanda de las catedrales góticas y sigue al mar por el camino habitual de Napoleón en el Palatinado.

VIII. LOS SUPERPAÍSES

¿Y los Estados Unidos, situados entre la Europa y el Asia, se preguntarán irónicamente los devotos de lo cuantitativo?

No son un país sino un continente. Cuentan con espacio y recursos para asimilar todos los aportes sin congestionarse y es evidente que están formando una raza eugenésica y sin feminoídes, que no es ni el Viejo ni el Nuevo Mundo, sino lo peculiarmente *yanqui*.

Por lo demás, nadie puede vislumbrar qué aspecto tendrá dentro de algunos decenios la carta geográfica del Asia, de África y aun de América. Ninguna de las potencias mundiales—profetiza Spengler—, está tan segura como para poder decir que en cincuenta años más será todavía un poder y aun que existirá siquiera...

Rusia—otro caso de superación geográfica— no ha sido una entidad productora de progreso (salvo el aporte del *samovar*, apunta irónicamente Fouillé). De progreso ni de ideas y, respecto a su evolución de este momento, aun no se puede decir que haya creado formas nuevas de organización y de gobierno, porque el sistema actual acaso «no podría mantenerse ni ante una derrota ni ante una victoria».

IX. LAS ISLAS DONDE NACE EL SOL

Si el itinerario geográfico nos va resultando demasiado lento, miremos de un hemisferio a otro—por más que nuestra vista no es tan larga ni tan rápida. Las islas del sol naciente ya no son sólo un biombo de seda y laca puesto ante el desmesurado mapa

chino y la espada con empuñadura de piel de tiburón—la del Samuray—, ha pasado a los suntuosos museos imperiales.

El dragón articuló sus vértebras insulares y ha empezado a tragarse al Celeste Imperio.

Son unas cuantas islas (trescientos y tantos mil kilómetros de territorio propiamente japonés) asimilándose la extensión más enorme después de Rusia.

El Japón ya no es la deliciosa *madame Chrysantheme* o *madame Butterflay*, cuyos dedos de seda se trasparentaban a través de la porcelana pintada a la acuarela. Mira oblicuamente hacia el Pacífico occidental y, sin decirlo nunca, piensa siempre en el dominio o el control de este océano.

Antiguamente lo llamaban «tierra del valor» o «gota de agua solidificada». Hoy se llama suave, misteriosamente «el Japón» y todo el mundo vuelve la cara arrugada para mirar al *samuray* fabuloso de otros tiempos equipado a la europea, con las cejas crispadas y penetrando profundamente en el Asia, lo que tal vez no adivinó el comodoro aquel que lo sacó a cañonazos de su clausura asiática y su silencio budista.

Entonces era sólo mar, nieve, almendros y volcanes; agua profunda y tierra de tembladera. Pero se ha puesto a crecer...

Sus dos terceras partes están cubiertas de montañas. Hay poco más de cien leguas de un flanco a otro y, como queda dicho, hace muchos años,—allá en tiempos de entonces y en tierras muy remotas—, el gigante excesivo de hoy era sólo «una gota de agua solidificada».

X. LA UBICACIÓN Y EL CLIMA

En los ejemplos expuestos cinemáticamente, no hemos buscado comparaciones ni similitudes que serían grotescas, porque no ignoramos que la América meridional (geográficamente situada entre el Africa y la Oceanía) es un Continente formado con capitales, ideas, doctrinas, influencias y modalidades ajenas:

es una región refleja en que, desde el Descubrimiento a hoy, el Viejo Mundo ha hecho muchos más buenos negocios que la América... Está en el extra radio del planeta y en ella, como en el resto de la tierra, los factores étnicos predominantes son la ubicación y el clima, en contraposición a la mera extensión.

En el caso concreto de la Argentina, ésta comparte con Chile la zona templada del Continente y una política de comprensión y de equidad mutua, trataría de articular y no de separar las vertientes vueltas hacia mares y mundos diversos.

En el grupo de las Repúblicas latinoamericanas—decía Paul Groussac— Chile y la Argentina son las únicas comarcas de vasta extensión, cuyo clima y latitud corresponde a la región central de la Europa.